

Los perros

1

¿Quiénes son los que persiguen mi huella en esta vertiginosa carrera en donde sin saber todo mundo me exclama?

En la calle asediada, como león, una libélula se esconde detrás de las torres de la Catedral.

Desnudo de pecados, de rodillas, abro los vitrales de mis entrañas y me arrepiento de pecar.

Ausentes, cruzan las manos de peatones atropellados por bengalas. Silba lo indecible en los cerrojos de la muchedumbre, la abundancia conglomerada en los intestinos por bayonetas. Un ama de casa estalla, estudiantes se desvanecen; una multitud es devorada por otra multitud más grande. Quijadas se parten en banquetas, cascos rugen pasos en intimidante fuego: hoy recordaremos a una juventud ametrallada a media asta.

Sitiado me golpean, sitiado estoy, partes de mi cuerpo se pierden en el rugido de esta estrella.

Cazan culebras al amanecer de un toque de queda.

Aún nos llevan.

Aún nos arrastran.

De hombros.

La Catedral despierta.

2

Me enredo debajo de las botas que me aplastan.

Soy la raíz del día.

Me doblan por la espalda.

Caigo con la cara apuntando al alba.

Bayoneta

me olvido de mi nombre,
me abrazo de olvidarme.

De mis recuerdos.

De mis himnos,
de mis cantos de guerra.

Escucho las órdenes de los generales
mientras mis camaradas se derrumban
despedazados.

Un guerrero águila con su escudo está
siendo fusilado.

Me doblan de rodillas como a un recién
nacido,
me arrastran por el óxido ensangrentado
de las tanquetas.

Me arrancan los tobillos para levitar hasta
los ángeles.

Lloro con las plumas al aire nuevamente.

Me vuelven a sembrar.

*Guanábanas en mi sabucán de niño
me recuerdan este poema que canta.
Acaso la luz del día me regala mejillas
de muchachas que por vez primera me
besan.*

Volver a huir desnudo en la destrucción
de mi pueblo
que por selvas es perseguido y no poder
callarme.

En alto distingo el orgullo de la
clandestinidad
que me troza la piel seca como vinagre.

Me vuelven a crucificar.

¿Son mis hojas las que crujen?
¿Es mi poema el que se retuerce?

¿Son tus palabras quienes me leen en voz
alta?

Hay una victoria que florece en el
allanamiento.

Que me asedia.
Que me descuartiza.

Más allá de la mordaza de este cuaderno
que grita.

Tomás Ramos¹

¹Tomás Ramos (1976 -) Licenciado en Literatura Latinoamericana por la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY). Ha publicado en diversos medios como revistas y periódicos nacionales e internacionales. En el 2005 fue ganador del certamen del Consejo Municipal para la publicación de Obras Inéditas del Fondo Editorial del Ayuntamiento de Mérida, con la obra "La eternidad de las banquetas" en el libro colectivo *El Éter de las Esferas* como parte del grupo literario "Marsias". El libro fue publicado en el 2006. Actualmente cursa la Maestría de Artes en Español con énfasis en Literatura Hispanoamericana en *New Mexico State University* en Las Cruces, Nuevo México, Estados Unidos.

Crítica

El poema “Los perros”, del poeta mexicano Tomas Ramos, muestra una factura sugerente, relacional y compleja. Su estructura es abierta y esa apertura se manifiesta en la asociación, en apariencia libérrima, de motivos poéticos dentro de un discurso con tintes políglotos; sin embargo, tras la apariencia anárquica existe una muy bien delineada trama y un muy claro referente poético. Pero, vayamos por partes y expliquemos a detalle el porqué de la aserción que abre esta escueta nota.

En el plano del enunciado podemos ver que existe en el poema una condición versicular predominante; esto es, de verso extenso. El primer versículo inicia con una pregunta de orden retórico que permite al lector situarse en el tema. Además, existe un largo período central de condición prosaica; existe también, inmediatamente después de este apartado, un versículo en tipografía cursiva. Curiosamente, al final del poema el autor concluye con una serie de cuatro versos breves, rotundos y casi tropezados. El hablante poético encarna en la primera persona del singular y se encuentra inserto en las acciones referidas por el poema, y sólo hacia el final ese yo se vuelve plural. Podemos, pues, y con base en la exposición anterior, afirmar la forma irregular del texto.

Ahora bien, en el plano de la enunciación, es decir, de lo que aquí se dice, podemos justificar ciertas opiniones interpretativas; por ejemplo: el hablante

poético pertenece a una multitud que es perseguida, que se manifiesta públicamente y que sufre una represión violenta. “¿Quiénes son los que persiguen mi huella... / En la calle asediada... / Sitiado me golpean, sitiado estoy... / aún nos llevan. / Aún nos arrastran”. En la ya referida porción en prosa el discurso es altamente descriptivo en su referente, es decir, se vuelve una crónica expresionista de los hechos.

Así pues, el poema que a primeras luces se mostraba caótico y de difícil acceso se nos vuelve un discurso lírico legible y esto se debe, sin duda, a la coherencia interna que posee. Pensemos en el ritmo que va de la expectación de la inminencia al abigarrado cuadro del sofocamiento y los lacónicos versos finales, casi sollozantes. Pensemos, también, en los marcadores semánticos: cascos, botas, quijadas, bayonetas, intestinos, estallidos, deglución, atropello, estallido, etcétera.

Concluyendo: el poema encarna un grito de protesta y recordación por las víctimas de una masacre estudiantil que hacen pensar al lector que el referente histórico concreto es el dos de octubre de 1968 y la matanza de Tlatelolco, México. Son tres las presencias que así lo demuestran: el helicóptero, la torre de la iglesia y la luz de bengala: “...una libélula se esconde detrás de las torres de la catedral / Ausentes, cruzan las manos de peatones atropellados por bengalas”. Aun más, el hablante poético, que se reconoce partícipe de los hechos, al asumir que está siendo aplastado por pecar,

es decir, por defender espacios de libertad, se autodefine ética e ideológicamente, aunque todo concluye en un amanecer que no es sinónimo de esperanza.

El poeta yucateco se suma a una lista de autores que han abordado el tema (Octavio Paz, Efraín Huerta, Jaime Sabines, Elena Poniatowska) y asume con ellos una postura crítica e iracunda que apuesta, aun en este 2008, por el sagrado deber de la memoria.

Alejandro A. Ramirez